

Nieves estaba mejor, y se fueron los dos pasillo adelante.

Al desembocar en la plazuela de la Colegiata, se despidió Bermúdez de su viejo amigo con un fuerte apretón de manos.

— Ya está usted en sagrado, — le dijo, — y yo me vuelvo á mi escondite.

— Gracias por todo, ¡por todo, sí señor, caray! — respondió el boticario trémulo de voz y conmovido, como si se despidiera de don Alejandro hasta la eternidad.

Retrocedió Bermúdez hacia Peleches; y andando cuesta arriba y meditando, dejó escapar de su pensamiento, y como si fueran el resumen de sus meditaciones, estas palabras:

— ¿Qué apostamos ¡canástoles! á que ese pobre boticario vale mucho más que yo?



## XII

«EL FÉNIX VILLAVEJANO»

ACOMPañADO del propio Maravillas, que para eso y para dirigir y *mejorar* á su gusto la edición, había ido dos días antes á la ciudad, entraba en Villavieja el paquete de los quinientos ejemplares, húmedo todavía y exhalando el tufo que enloquece á los pipiols y regocija á los veteranos en la esgrima de la péñola, al mismo tiempo que

subía hacia Pelechés don Alejandro Bermúdez.

Tinito el sabio se encaminó á su casa por los callejones más extraviados, para no ser visto de sus amigos y colaboradores, pues así convenía para sus planes; y una vez encerrado en ella y después de encargarse muy encarecidamente que se dijera á cuantos llegaran á preguntar por él, si alguien llegaba, que no había venido aún, procedió á romper las ligaduras del paquete con mano codiciosa y á dividir su contenido en cuatro porciones: una para cada repartidor de los tres que tenía apalabrados, y la más pequeña para dejarla de reserva. Era cosa convenida con «los chicos de la redacción» que el periódico se repartiría de balde en la villa entre todas las personas cuya lista se había formado con la mayor escrupulosidad, sin perjuicio de distribuir el sobrante entre «lo menos irracional de la masa anónima», (palabras textuales del propio Maravillas).

El periódico era de corto tamaño y llevaba por nombre, en letras muy gordas, el que se ha puesto al frente de este capítulo,

adicionado con esta leyenda: *Revista literaria y de altos intereses sociales, políticos y religiosos*. La primera plana y gran parte de la segunda, iban atestadas de prosa sarpullida de signos ortográficos, bajo el rótulo de *Nuestros ideales*. Después versos, ¡muchos versos! Una *Melancolía*, dedicada «á la distinguida señorita doña I. G.» (la Escribana segunda); un *Éxtasis* «á M. C.» (Mona Codillo); tres *Ovillejos* «al ilustrado Fiscal de este juzgado, mi distinguido y bondadoso amigo, don F. R. en señal de consideración y afecto entrañable»; unos *Cantares tiernos* «á la encantadora joven villavejana A. C.» (Adelfa Codillo); *Mis confidencias*, «composición graciosa, á la chispeante señorita R. G.» (Rufita González); algunas coplas más por este orden, varios sueltos en prosa, y en prosa también una *Variante histórica á la fábula de Hero y Leandro*. Cada poesía llevaba al fin todos los nombres y apellidos de su autor. Maravillas firmaba con los suyos el artículo de *entrada*, y sólo con iniciales la *Variante*.

— Y de todo esto ¿cuál es lo tuyo, hijo?  
— le preguntó el tabernero su padre, que

presenciaba, por no atreverse á cosa mayor, las operaciones de deshacer el fardo y contar ejemplares para separar los correspondientes á cada lista de las tres desplegadas sobre la mesa.

— ¿Pues no lo ve usted? — le respondió el sabio poniendo el dedo sobre la firma del programa y las iniciales de la fábula. — Todo lo que no son coplas estúpidas y sin sustancia: lo que ha de levantar ronchas. ¡Vaya si levantará!... hasta estos sueltecitos, que también son míos, y de pronto no parecen nada: ya lo verá usted.

— Y ¿lo conocen, lo conocen ya tus amigos, esos de las coplas?

Miró el sabio á su padre con el gesto del más altivo desdén, y le dijo:

— ¡Qué han de conocer esos mentecatos ni á título de qué? Lo conocerán mañana cuando el periódico circule y no les quepa la vanidad en el cuerpo al ver el magnífico resultado de mi aparición en *El Fénix*. Ellos son los que me han buscado; yo he consentido en que colaboren bajo mi dirección en el periódico, que dirá lo que yo tenga por conveniente, y nada más. ¿Les parece poco?

¿Qué más honra pueden desear? ¡Pues buena sindéresis es la suya para que yo me hubiera rebajado á consultarles lo que pensaba publicar en *El Fénix*! ¡Estúpidos y pusilánimes! Capaces eran de no consentir la salida del periódico.

— Verdaderamente — contestó el tabernero, electrizado con aquel pensar, aquel decir y aquel mirar de su hijo, — que no son quién para lo que tú sabes, esos muchachuelos ignorantones y desaplicados... ¿Y de veras crees tú que esos escritos meterán bulla?... No haga el diablo que te traigan algún disgusto...

— ¡Bah! — repuso Maravillas creciéndose dos palmos; — no irán los huracanes por donde usted se figura. El efecto de mi primer artículo será de asombro, como el de la centella, como el del relámpago. El de la fábula le sentirán pocos; y éstos se guardarán muy bien de decir lo que les duele y en qué parte. Vea usted unas muestras de la calidad científica y filosófica del artículo, ó mejor dicho, del programa.

Arrimóse en esto Maravillas á la cómoda sobre la cual estaba la luz con que se alum-

braban allí él y su padre; subió las gafas hasta dejarlas encaramadas sobre las cejas, levantó el periódico que tenía entre las manos, bajando al mismo tiempo la cabeza de manera que no quedó el espacio de dos



pulgadas entre los ojos y el papel, y comenzó á leer con voz nasal, atiplada y clamorosa, mientras el tabernero se le acercaba de puntillas, con una mano colocada detrás de la oreja y mordiéndose de gusto el labio inferior.

— «Nuestros ideales...»

Aquí se detuvo de repente; y cambiando su tono campanudo por el llano y de todos los días, advirtió á su padre:

— Ha de saber usted ante todo, que el fénix es un pájaro fabuloso ó imaginario, del que se cuenta que renacía de sus propias cenizas, como la muerta planta renace de la semilla que ha producido en vida... ¿Se entera usted?

El tabernero contestó afirmativamente con una cabezada, sin apartar la mano de la oreja, y añadió á la contestación otro ademán y otro gesto que querían decir: «adelante».

Entendió la mímica Tinito el sabio; y metiendo nuevamente los ojos por el papel, volvió á su interrumpida lectura y al registro campanudo de su voz:

— «Nuestros ideales... Sal de tu sueño letárgico; despierta ya ¡oh, Villavieja, pueblo fósil, merecedor de más honrosos destinos!... ¡Despierta y sacude la ignominia de tu mortaja enmohecida por la lobreguez insana de tres siglos de barbarie! ¡Despierta, levántate y contéplate! Nosotros te pondremos delante de los ojos el gran

espejo de la Verdad, iluminado por la esplendorosa luz de los nuevos días. Mírate en él... ¡Ah, desdichada! Te turbas, te sonrojas... ¡te avergüenzas!... ¡Lo comprendemos, sí, lo comprendemos! Te ves andrajosa, y fea, y esclava vil, y degradada y sola, entre la muchedumbre de otros pueblos risueños, hermosos, libres y florecientes...»

— Sigue á esto — dijo á su padre Maravillas, interrumpiendo la lectura — un largo párrafo muy bonito y de gran efecto, de conjuros y de apóstrofes por el estilo de los que ha oído usted, que duran hasta la mitad de esta segunda columna, y digo en seguida... «¿Sabes por qué eres andrajosa, y fea y esclava vil y degradada, ¡oh, Villavieja infelice? Porque el templo de tu Dios está henchido de riquezas, y sus criminales derviches adormeciéndote con sus cánticos soporíferos, como adormece el vampiro á sus víctimas con el aire de sus alas para chuparles la sangre...»

— Continúa después otro párrafo, también muy hermoso, todo lleno de respuestas de esta clase, con unos ejemplos y unas

comparaciones admirables por lo oportunas y la mucha erudición que revelan, y concluyo diciendo: «¿Quieres ¡oh, mi villa natal infortunada! romper tus cadenas, y ser grande y rica y bella? Pues demuele tus templos; sepulta entre sus escombros á tus ídolos grotescos, y arroja su recuerdo de tu memoria, y de tu mente la idea que los derviches te han cristalizado en ella de un Dios incompatible con la extensión que alcanzan á estas horas las exploraciones hechas en las regiones científicas por la razón humana. No por eso ¡oh pueblo de las grandes melancolías! quedarás huérfano y desamparado de ideales que te sublimen y ennoblezcan, algo más que las absurdas abstracciones metafísicas con que hoy te engañan. ¿Quieres saber á quién adoramos nosotros? A la Razón. ¿En qué templo? En el gabinete de estudio, en el laboratorio, en el taller. ¿Cuál es nuestra Biblia? La Naturaleza, con sus leyes físicas y su génesis racional y científicamente comprobada. ¿Nuestros Santos? Todos los hombres ilustres que han concurrido y concurren á la obra colosal de nuestra Reden-

ción verdadera, sustentando y propagando los dogmas imperecederos del positivismo materialista, que es nuestra religión y nuestra fe; las mismas que venimos á predicar entre vosotros, porque os amamos y queremos vuestro bien...»

— ¿Eh? ¿Qué tal, padre? Me parece que está bien rematadita la cosa; y picante... y hasta la empuñadura ¿eh?

El tabernero trasladó la mano que tenía junto á la oreja, al cogote, entre cuyos pelos grises, cerdosos y tupidos metió las uñas para rascarse.

— No he comprendido cosa mayor — dijo mientras se rascaba — la entraña de todo eso que has plumeado ahí. Como gustar, me gusta el palabreo y la... ¡Vaya! de lo mejor. Es manifiesto de sabio: se ve al golpe; pero todo eso de echar la iglesia abajo y otras cosas al simen... ¿qué te diré yo? Pudiera caer mal en Villavieja.

— No lo crea usted, — observó Maravillas riéndose del *candor* de su padre. — Aquí, en este pueblo, hay materia dispuesta para todo: lo que faltaba eran manos. Pues ya están acá. Sorprenderá, deslumbrará el

artículo, como le dije á usted antes; pero la luz se habrá visto, y las gentes vendrán á ella, como pájaros bobos... No lo dude usted.

— Más valdrá así, — dijo el tabernero bajando la mano y apoyando el codo sobre la cómoda. — ¿Y qué más, hijo?

— A este programa — continuó el sabio — siguen, como usted ve, unos versos, tontos y malos, como todo lo que pueden escribir estos majaderos villavejanos; á los versos, un sueltecillo sobre policía urbana; al suelto más versos, detestables también; y así, alternando versos chabacanos con gacetillas mías, concluye la tercera plana, y comienza la cuarta con esta noticia que voy á leer á usted, y dice así: «*Percance grave*: El jueves último salieron á voltejar fuera de la bahía, como lo tienen por costumbre, en un balandro de recreo, un joven muy conocido, de esta población, y una linda y elegante señorita forastera que reside en estas inmediaciones. No sabemos si por distracción de los dos ó por algún accidente imprevisto, porque escribimos de referencia, se fueron al agua de repente uno

tras otro, en alta mar; y en ella hubieran perecido, porque el balandro llevaba mucho andar, sin la serenidad y la destreza del marinero que los acompañaba á bordo y logró recogerlos. Celebramos de todo corazón que el percance no tuviera otras consecuencias que el susto del momento y los sinsabores subsiguientes por la falta de recursos con que se halló el joven para socorrer á la señorita en el estado angustioso y á todas luces lamentable en que salió de la mar. Afortunadamente, la necesidad, que es ingeniosa de suyo, suplió por todo, y la robustez y el buen ánimo hicieron lo demás. Nuestra más cordial enhorabuena á los entusiastas expedicionarios del hermoso yacht.»

—En esta noticia—dijo Maravillas á su padre—no hay nada, absolutamente nada de particular; de particular malicioso, se entiende: la relación, hasta galante y cortés, del caso que se refiere de público en la villa. Pues en seguida viene la *Variante histórica*... fíjese usted bien, *histórica*, á la *fábula de Hero y Leandro*. Hero y Leandro fueron dos personajes imaginarios también,

como el pájaro fénix. Hero una zagala y Leandro un zagal, vivían separados por el Helesponto, un brazo de mar, casi mar. Hero y Leandro se amaban, y Leandro pasaba de costa á costa nadando para echar un párrafo con Hero. En una de éstas, se enfurruñaron las aguas y pereció Leandro. Pues en la *Variante* se cuentan las cosas de otro modo: Hero visitaba á Leandro, no pasando el Helesponto á nado, sino en un barquichuelo, y á la vela. Un día se le puso el esquite quilla al sol, y Leandro, que lo presenciaba, se arrojó al mar y sacó á Hero medio asfixiada y hecha una sopa. En aquella soledad no había con qué socorrerla. Desnúdola el infeliz, lleno de angustia; y, á buena cuenta, la dió unos fregoteos de arriba abajo con unos herbachos secos que había á sus alcances; lo que me ha dado ocasión para pintar una escena muy notable del género naturalista que es el que impera hoy en todas las manifestaciones del arte... Resultado, que la chica vuelve en sí; que se pasa la mañana con el chico; que en tanto se le va secando la ropa al sol; que se la viste al fin, y que arre-

glado también el barquichuelo por el diligente y placentero galán, Hero se vuelve á su casa tan despreocupada y campante como si no hubiera roto un plato... Tampoco en este cuentecillo, considerado aisladamente, hay cosa en que pueda cebarse la malicia del lector al primer golpe; pero vaya usted observando que el cuento sigue inmediatamente, en el orden de colocación en el periódico, á la relación del percance del jueves; y va seguido, á su vez, de esta noticia, que no puede ser más inocente: «Dentro de muy pocos días llegará á Villavieja un acaudalado, culto y distinguido joven, ciudadano de una de las más florecientes repúblicas hispano-americanas, é hijo de dos ilustres villavejanos, cuyos deudos y tierra nativa viene á conocer el ilustre viajero, después de haber recorrido lo más digno de verse en Europa. Es casi seguro que entre los dos alojamientos que se le tienen dispuestos en la parte más *alta* y en la *baja*, respectivamente, elegirá el último contra lo que se esperaba hasta hace pocos días. Como las razones que pueda tener para ello no son de nuestra incum-

bencia ni de la del público, nos limitamos á consignarlo y á anticiparle la más cordial bienvenida.»

—Colocada esta última pieza, ¿no ve usted cómo van formando las tres seguidas un solo cuerpo con una misma intención, bien manifiesta y clara?

El tabernero confesó, bien á su pesar, que no lo veía tan manifiesto y claro como su hijo afirmaba: vamos, que no caía en la malicia.

—Eso consiste — díjole el sabio sin apurarse por la respuesta de su padre — en que no está usted en antecedentes, como lo están las personas para quienes se ha escrito eso: verá usted que luego lo pescan... Lo que ahora importa es que no sepan mis colaboradores la llegada del paquete ni la mía; porque andarán, como novicios que son, con un palmo de lengua fuera de la boca, por la curiosidad de ver y oler el periódico; y si le ven y le huelen, lo mejor que puede ocurrir es que relaten lo más sustancioso de él esta misma noche en el Casino, quitándole así el interés á los asuntos. ¡Pues me he dado yo poca fatiga para